



tudes que un día fueron adoptadas por él. Fidelidad, por ejemplo, a la vanguardia. Se podría rastrear en todas las secuencias de su historia personal y se vería la parte principalísima que tuvo en todas ellas su juvenil servicio permanente a las actitudes vanguardistas... como aquella acción primordial suya en la creación y conformación de «Dau al set».

Ahora, en el catálogo de Tharrats he visto exhumado un viejo texto de un amigo inolvidable: de Juan Eduardo Cirlot. Me gustaría poder perder algún tiempo para glosar cómo la significación de ese texto de Cirlot exhumado por Tharrats es una leve prueba de su amistad... Viejo texto, sí, puesto que es de la vida de Cirlot, con el que ya no podemos contar, des-

dichadamente, pero vigente y actuante. Dice en el Cirlot que Tharrats es necesario en esta hora de nuestro arte «porque su voz diferente posee un color que las otras voces no tienen, un matiz suyo, tornasolado, que no sabemos si es inquietante por tan tranquilizador o tranquilizador por tan inquietante...». Yo quería detenerme sólo en ese matiz de Cirlot aplicado a Tharrats —tornasolado—, que me parece ajustadísimo, pero ahora, al copiar sus palabras, veo que no puedo eludir esa aparente paradoja de lo tranquilizador por inquietante que él le atribuye con entera justicia. En efecto, yo decía al principio que ahí tenemos ya la exposición de Tharrats, que siempre esperamos, pero que siempre nos sor-

prende. Si: nos sorprende de una inquietud con la que contamos, pero que por eso mismo nos tranquiliza. Es un color que se rompe con la iniciación de otra cromía adversa, pero no definitivamente enemiga —tornasolada—, un color que no llega a declarar la guerra al que parece combatir, sino que lo complementa en su propia acción, creando así esa acción tranquilizadora en el espectador que señala Cirlot.

Al margen de ello, Joan Josep Tharrats tuvo siempre una sensibilidad muy a flor de piel para lo que él consideró siempre sus deberes para con la vanguardia. En los últimos tiempos, me consta por alguna conversación personal, le preocupaba ese cierto retorno figurativo que se advierte

en algunos sectores del arte de nuestros días. No es que él temiese «quedarse atrás». Es que él consideraba que esa actitud no estaba en el camino que lógicamente debería seguir la verdadera vanguardia. Pero, de todas maneras, él está en la pelea. El no se ha retirado, ni se piensa retirar, a los cuarteles de invierno. El espera en la palestra del arte para decir lo que tenga que decir sobre el posible nuevo giro de la vanguardia.

En la palestra del arte, digo, porque ya no es —no quiere ser— lo que era en viejos tiempos, cuando frecuentaba más los círculos y los cenáculos barceloneses en los que se discutía y se pontificaba. Se diría que Tharrats quiere ser pintor, sólo pintor, y que a través sólo de su pintura quiere decir todo lo que tenga que decir. ■ JOSE MARIA MORENO GALVAN.

mera Semana de Flamenco —que es la segunda—, aunque volvemos a pasar por los mismos temas y a discutir viejos problemas con nuevas generaciones de aficionados y con antiguos aficionados que se ven de pronto inmersos en un clima nuevo. Tales discusiones, sin embargo, pisan ahora el umbral de una situación distinta provocada precisamente a partir de los planteamientos y polémicas que brotaron en la Semana del Cante del Pueblo en el año sesenta y nueve. Lo nuevo —el cante de Enrique Morente y nuestros planteamientos teóricos— sólo contaba aquí entonces con el apoyo de algunos universitarios frente a un planteamiento inmovilista de la flamencología. Aquellos temas de Paco Moreno cantados por José Menese, la interpretación flamenca, ya entonces, de Miguel Hernández por Morente, y la revolucionaria trayectoria de Manuel Gerena, más la aparición a partir de estos hechos de un nuevo teatro andaluz de inspiración flamenca con el «Oratorio» lebrijano, «Quejío», «Oración de la Tierra» y «La Murga», ahora son sucesos que han dado mucho que hablar, y hoy ya es del dominio de viejos y nuevos aficionados la polémica acerca de la renovación; precisamente estos últimos y su presión sobre los medios de comunicación son a su vez fruto de la misma. Viene todo esto a cuento de que, a pesar de todo ello, la heterodoxa actuación de Enrique Morente en esta semana ha resultado aquí, en su propia tierra, más polémica que nunca, y se ha visto reflejada en numerosos artículos de la prensa local y en las conversaciones de los círculos culturales y artísticos, así como en las peñas «La Platería», de Granada, y «La Alcazaba», de Loja, en donde he tenido ocasión de hablar con los aficionados.

Alguna intervención estuvo dedicada, por una parte, al cante de Jerez, con el cantaor «El Borriquito» y el guitarrista Diego Carrasco «El Tate», y

por otra, a los cantaores locales Cobitos, Pepe Albaicín, Curro Andrés, con los guitarristas Francisco Manuel Díaz y Manuel Martín Lilián, que es presidente, además, de la hermosa peña «La Platería». En la última sesión, tratados por igual e igualmente valorados, intervinieron otros dos jóvenes artistas granadinos: Mario Maya y Antonio Cuevas «el Piki», en el que se tiene puesta una excesiva confianza y en el que, por cierto, se advirtió su adhesión a ciertos cantes del repertorio habitual de Morente. Sin que sea precisamente este el caso, puesto que para ello hay que atender a las innovaciones musicales que Morente aporta, si nos sirve para pasar a una pregunta que ya se vienen haciendo muchos últimamente: ¿no ha sonado ya la hora en que deba decirse, como se dice de los clásicos, o de un Mairena o un Caracol, «cantes por Enrique Morente»? Esta es una pregunta que se hace la gente, y algunos vaticinamos que sí, pero el tiempo ha de ser el único juez que dé sentencia a esta cuestión.

El otro gran acontecimiento fue la presentación, en el bello escenario del Hospital Real, del bailar Mario Maya y su cuadro flamenco. Mario es un gitano culto, inteligentísimo, premio nacional de baile, que ha recorrido mucho mundo y visto y oído muchas otras formas de bailar y de tocar, tomando nota atenta de cuanto a su paso contemplaba. Pero Mario es, con todo ello, un bailar flamenco, gitano, de la talla de un Antonio o un Gades, de una perfección asombrosa, a menudo preciosa. Tienen mucho en común Enrique Morente y Mario Maya, calorero uno y «castellano» el otro, andaluces los dos, procedentes del pueblo, instruidos en una cultura subdesarrollada y pícaro y capaces, al mismo tiempo, de moverse con la mayor soltura en las ciudades más complejas y en los ambientes más evolucionados. Y se nota en el cante y el baile de

ANTOLOGIA DE FRANCISCO LOZANO

Sobre Francisco Lozano, que llega en exposición antológica al Museo Español de Arte Contemporáneo, ha escrito Pedro Lain: "Egregiamente ha sabido cumplir su misión y ejercitar su oficio revelándonos de manera inédita —melancolía-drama— la realidad y la belleza de un pedazo de la tierra de España. Con su gran obra pictórica, el suelo que vemos y pisamos se nos ha hecho más íntegramente humano, más real. Que esta fuerte convicción nos ayude a admirar con gratitud silenciosa la sucesiva y ordenada muchedumbre de los cuadros que ahora, como don Francisco de Quevedo diría, "sin palabras, nos están hablando nuestros ojos".

Francisco Lozano —Antella (Valencia), 1912— cumple ahora treinta años holgados de pintura desde su primera exposición en Valencia hasta esta del Contemporáneo de Madrid, muestra antológica que es la culminación y consagración de una vida artística.

Francisco Lozano ha pintado azorinatamente playas levantinas desiertas, aguas de la Albufera, tierras valencianas del interior, tierras de Játiva, paisajes alicantinos...



Semana de Flamenco en Granada

El hecho de que la Universidad de Granada se haya ocupado una vez más del flamenco, no es más que una muestra del poder creciente que el flamenco está ejerciendo sobre nuestra cultura. Y así avanzamos con esta Pri-